

# CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO FEMINISTA EN CENTROAMÉRICA: DIÁLOGOS, RUPTURAS Y CONTINUIDADES ENTRE LA MILITANCIA Y LA ACADEMIA\*

**Montserrat Sagot R.**

Centro de Investigación en Estudios de la  
Mujer, Universidad de Costa Rica  
montserrat.sagot@ucr.ac.cr

Recibido: 17/04/2019. Aceptado: 07/05/2019.

## Resumen

En este trabajo se analiza el proceso de construcción del pensamiento feminista en Centroamérica, en particular a partir de la década de los años 80. El análisis se realiza desde la perspectiva de la Sociología del Conocimiento; es decir, situando los procesos de producción de los saberes en el contexto en el que surgieron. Asimismo, la producción del conocimiento feminista es entendida como un territorio siempre en disputa, resultado de la relación compleja y contradictoria entre las feministas situadas en los diferentes espacios y lugares de enunciación, tanto académicos como de militancia. Se concluye que a pesar de las dificultades y contradicciones, los Estudios Feministas en la región centroamericana han sido y siguen siendo una estrategia fundamental para fomentar la producción del saber desde la perspectiva de las diversas mujeres, para transformar las formas tradicionales de construir el conocimiento y para cuestionar las narraciones y representaciones falsificadas, parciales y perversas sobre la vida social producidas desde la ciencia tradicional, androcéntrica y colonial.

**Palabras clave:** Feminismo - Producción de conocimientos - Activismo - Academia - Centroamérica

*THE PRODUCTION OF FEMINIST KNOWLEDGE IN CENTRAL AMERICA: DIALOGUES, DISRUPTIONS AND CONTINUITIES BETWEEN MILITANTS AND ACADEMICS*

---

\* Una versión preliminar de este texto se presentó en el I Congreso Internacional Universitario: Géneros, Feminismos y Diversidades, Universidad Nacional de Costa Rica, 2011.

## Abstract

This paper analyses the process of feminist knowledge production in Central America, starting in the 1980's. The analysis is conducted from the perspective of the Sociology of Knowledge; situating the production of *saberes* in the context from which they emerged. Moreover, the production of feminist knowledge is understood as a terrain always in dispute, resulting from the complex and contradictory relationship among feminists situated in the different spaces and places of enunciation, both as academics and as militants. The paper concludes that despite the difficulties and contradictions, Feminist Studies in the Central American region have been and continue to be a fundamental strategy to encourage the production of knowledge from the perspective of the different women in order to transform the traditional ways in which knowledge is produced and to question the falsified, partial and perverse narratives and representations about social life, generated by a traditional, androcentric and colonial science.

**Keywords:** Feminism - Knowledge Production - Activism - Academia - Central America

La construcción del conocimiento sobre las mujeres y las relaciones de género tiene una estrecha relación con el movimiento feminista contemporáneo, así como con la ampliación de los espacios de acción de las mujeres y con los cambios acaecidos en la división sexual del trabajo y la cultura en los últimos cuarenta años. De hecho, con la entrada de muchas mujeres –las antes llamadas “irracionales”– a las diferentes disciplinas científicas y durante un período de intensa protesta feminista en Europa y Estados Unidos (1968-1980), la llamada “segunda ola”, se inició el proceso para poner de manifiesto la invisibilidad en la que permanecían las mujeres y sus experiencias<sup>1</sup>.

Desde sus inicios, la creación de programas de

---

<sup>1</sup> Existen diversas periodizaciones del movimiento feminista. Sigo aquí la clasificación que considera como primera ola al movimiento de las sufragistas y como segunda al movimiento que se inicia en Europa y los Estados Unidos en la década del 60 del siglo pasado, que dio origen a los “Estudios de la Mujer”. Según esta clasificación, la tercera ola fue la que se dio en América Latina y otros países del Sur a partir de la década de los 80. La cuarta ola sería la que vivimos actualmente.

estudios e investigación sobre las mujeres y las relaciones de género se planteó como un proyecto interdisciplinario con un doble propósito: el de construir conocimiento, es decir, analizar las condiciones específicas de las mujeres y de las relaciones entre los géneros; y el propósito político de contribuir a eliminar la injusticia social y la opresión (Patai y Koertge, 1994).

La pregunta central que va a orientar el proyecto epistemológico y político de los Estudios Feministas es de una sencillez extraordinaria. Esta pregunta es: ¿dónde están las mujeres en las teorías y la investigación científica? Las consecuencias de buscar respuesta a esta pregunta han sido extraordinarias y se inaugura así un proceso de cuestionamiento y rompimiento con los grandes “relatos” teóricos y empíricos de la ciencia occidental. Poco a poco se empieza a plantear que lo que se había asumido como universal o como conceptos totalizadores eran simplemente recuentos particulares de ciertos actores masculinos y de sus experiencias.

Este cuestionamiento tuvo como primer horizonte propiciar una relectura de la producción científica y constatar que las mujeres estaban ausentes tanto como actoras y hasta como objetos relevantes del conocimiento. El reconocimiento de un grupo de actores completamente nuevo requiere una reconstrucción de ese conocimiento y de las formas de conocer. Las mujeres, sobre todo las privilegiadas en términos de clase social, localización geográfica y raza, podían ahora reclamar “la mitad del firmamento”. En un momento posterior, otras mujeres de grupos históricamente excluidos también han empezado a reclamar su lugar como productoras autorizadas y legítimas de conocimiento. El resultado, sin embargo, conforme se fueron profundizando los análisis e incorporando más voces y sujetos epistémicos, ha ido mucho más lejos ya que se han encontrado configuraciones totalmente diferentes, lo que ha llevado a repensar radicalmente las concepciones tradicionales sobre el universo material y simbólico, así como a cuestionar abiertamente la relación entre saber y poder.

En América Latina y el Caribe es durante la década de los años 80 del siglo pasado que se reinicia el proceso de

expansión de la producción de conocimientos sobre las mujeres y las relaciones de género. Se acaba así el “gran silencio feminista”, como le llamó Julieta Kirkwood (1984), que se prolongó desde la década de los años 40 hasta la de los 80. Es decir, desde que finalizan las luchas sufragistas en la región hasta que vuelve a aparecer el movimiento feminista en la escena política.

Considerando las referencias contextuales mencionadas, el objetivo de este texto es analizar los procesos de construcción del conocimiento feminista en Centroamérica como resultado de un entramado de complejas relaciones entre el movimiento feminista y la academia. Para responder a ese objetivo y utilizando la perspectiva conocida como Sociología del Conocimiento, primero se realiza una revisión histórica de las principales coyunturas y eventos que definieron el desarrollo de los Estudios Feministas en la región, para luego analizar los lugares de enunciación desde los que se construye el conocimiento, así como los elementos que llevan a plantear estos procesos como un territorio siempre en disputa.

La estrategia metodológica se centró en la revisión documental de la producción feminista de la región, así como en las experiencias de la autora que ha sido participe directa en estos procesos durante los últimos 30 años. Asimismo, se condujeron entrevistas con algunas militantes-académicas y académicas-militantes de los distintos países de la región<sup>2</sup>.

### **Centroamérica y los Estudios Feministas: los primeros intentos**

En el caso de Centroamérica la emergencia del

---

<sup>2</sup> Las informantes para la elaboración de este trabajo fueron Walda Barrios-Klee (Guatemala), Lorena Camacho (Costa Rica), Ana Carcedo (Costa Rica), Almachiara D'Angelo (Nicaragua), Gilda Parducci (El Salvador), Margarita Puerto (Honduras), Urania Ungo (Panamá).

feminismo como movimiento social, así como espacio para la construcción del conocimiento, siguió un camino complejo debido a la situación de guerra, a la presencia de regímenes autoritarios y a las violaciones sistemáticas a los Derechos Humanos que destruyeron el tejido social y acabaron con muchas vidas durante las décadas de los años 70 y 80. Estas difíciles condiciones socio-políticas implicaron el cierre de universidades y organizaciones de la sociedad civil, el exilio de muchas académicas y activistas, e incluso su involucramiento directo en la lucha armada.

No es casual, entonces, que fuera en Costa Rica, país que no experimentó graves conflictos, donde las condiciones sociales y económicas permitieron un mayor desarrollo de los Estudios Feministas en sus inicios. En este país, las primeras investigaciones y espacios de discusión intelectual feminista emergieron de forma paralela en las universidades y en las organizaciones de mujeres a inicios de la década de los años 80.

Las primeras publicaciones dedicadas en su totalidad al análisis feminista surgen de dos organizaciones costarricenses: la revista *Ventana*, del grupo del mismo nombre, y la revista *Mujer* del Centro Feminista de Información y Acción (CEFEMINA). Simultáneamente, en 1981, la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Costa Rica organizó el Primer Seminario Latinoamericano de Investigación sobre la Mujer. Este evento reunió a sectores académicos, programas estatales y organizaciones no gubernamentales dirigidos a las mujeres.

Sin embargo, incluso en Costa Rica, hubo que enfrentar serios cuestionamientos desde diversos frentes cuando iniciaron las primeras reflexiones feministas. Por ejemplo, cuando se hablaba de violencia intrafamiliar contra las mujeres, algunos sectores, particularmente de izquierda, respondían que ese era un problema menor frente a la gran violencia que se vivía en la región. Los sectores conservadores, por su parte, negaban la existencia del problema o argumentaban que, si bien existía, los casos eran excepcionales.

Cuando se hablaba de sexualidades, se les llamaba

pequeño-burguesas a las feministas y se les acusaba de estar trivializando las experiencias de las mujeres guatemaltecas o salvadoreñas, sometidas a violaciones masivas por el ejército y los grupos paramilitares; y cuando se hablaba de aborto y de derechos reproductivos se acusaba a las feministas de querer eliminar de prepo a los potenciales guerrilleros que combatirían en el futuro las dictaduras centroamericanas. Lo anterior sumado a las acusaciones de que el feminismo era un instrumento del imperialismo y de la dominación ideológica, y de que quiénes asumían esa perspectiva política eran “divisionistas” y “diversionistas”.

Ahora bien, después de la Revolución Sandinista de 1979, en Nicaragua también se produjo una apertura importante para la investigación sobre las mujeres y las relaciones de género, como resultado de las nuevas condiciones que fomentaron una ampliación de la participación femenina en todos los ámbitos de la vida social del país (Palacios, 1999). Asimismo, el proceso de transformación social que se inició imponía un marco de referencia obligado y fue un factor que estimuló la producción de conocimientos sobre nuevas temáticas, incluyendo las relacionadas con la participación de las mujeres en diferentes espacios.

Las organizaciones de mujeres que se habían involucrado en el proceso revolucionario jugaron un papel fundamental en esta apertura que se vivió después del triunfo sandinista. Esta situación, lamentablemente, ha cambiado radicalmente en la actualidad –a pesar de estar de nuevo el sandinismo en el poder– ya que ahora lo que existe es una persecución abierta de las feministas y de sus organizaciones por parte del gobierno presidido por Daniel Ortega<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> En los últimos años, organizaciones como la Red de Mujeres contra la Violencia, el Movimiento Autónomo de Mujeres y algunas activistas de reconocido prestigio, como la periodista Sofía Montenegro, han sido amenazadas, sus oficinas allanadas, han sido acusadas de actos delictivos, como la asociación ilícita y el lavado de dinero, y sus reputaciones mancilladas en una campaña dirigida desde la oficina de Comunicación Política del gobierno, a cargo de la Primera Dama y ahora

En términos de las temáticas abordadas en este período, como resultado de la influencia del marxismo en la región, durante la primera mitad de la década de los años 80 la tendencia a privilegiar el tema del trabajo fue muy importante en los primeros estudios que se produjeron. Como lo señala Norma Vázquez, “la línea central de los primeros trabajos giró alrededor de la cuantificación de la opresión femenina; o sea, hacer visibles los niveles de pobreza femenina y la discriminación de las mujeres en el empleo” (Vazquez, 2001: 177). También, hubo una importante producción en la temática de las actividades de las mujeres rurales, en la feminización de la fuerza de trabajo, así como en los procesos de sindicalización (CIERA, 1984).

Por otra parte, un sector importante del feminismo centroamericano, también influenciado por el marxismo, empezó a utilizar la categoría “género” para definir un sistema de opresión de las mujeres profundamente imbricado con las condiciones de opresión económica y política. Es decir, la categoría género fue un importante instrumento utilizado por muchas feministas de la región para desarrollar un análisis crítico de las interrelaciones entre el patriarcado, el capitalismo y el carácter represivo del Estado.

La categoría género pronto dio pie también para otro tipo de reflexiones y acciones políticas, como las protagonizadas por los primeros grupos organizados de lesbianas. Como lo señala Claudia Hinojosa, el aliento para estos grupos provino del feminismo y de sus categorías, que brindaron “una crítica radical a la opresión sexual, que iluminó entonces nuevas formas de entender no solo la sexualidad, sino también la política” (Hinojosa, 2001: 184).

En este primer período en Centroamérica, sin embargo, se produjeron pocos estudios sobre la participación las mujeres en los diferentes procesos organizativos o movimientos sociales, y muchísimo menos

sobre los problemas de la vida cotidiana. La falta de investigaciones sobre estos temas contribuyó a mantener la invisibilidad de las mujeres como actrices sociales y a negar la vida cotidiana y el juego de las relaciones que ahí se gestan como objetos de estudio relevantes. A pesar de lo anterior, las mujeres centroamericanas estaban participando activamente en la guerra, en los movimientos sindicales, campesinos y en todas las luchas por la supervivencia cotidiana que emergieron con gran fuerza en esa época en la región.

Las historias de estas mujeres solo fueron recogidas en la denominada “literatura testimonial” que jugó un papel importante en este período. Margaret Randall fue la pionera en esta línea al recopilar historias de mujeres sandinistas en su texto *Todas estamos Despiertas*, publicado en 1980. A esto le siguió la historia ampliamente difundida de Rigoberta Menchú, escrita por Elizabeth Burgos, publicada en 1985, así como otras narraciones de mujeres combatientes o participantes en diferentes movimientos sociales.

Como lo plantea Norma Vázquez (2001), este tipo de documentos constituye un referente obligado, aunque casi siempre olvidado, de los Estudios Feministas en la región, dado que visibilizaron las condiciones de opresión y convirtieron las historias personales en hechos públicos. Sin embargo, a medida que avanzaron otras formas de conocimiento más estructuradas, esta forma de producción se perdió o disminuyó sustancialmente.

### **Pacificación de la región y la ampliación de la producción feminista**

En la década de los años 90 se inició el proceso de pacificación de Centroamérica, que incluyó la derrota electoral de los sandinistas en 1990 y, consecuentemente, el fin de la guerra de la “Contra”, la firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador en 1992, el fin de la “guerra sin guerra” en Honduras y el inicio de conversaciones para el cese de los enfrentamientos en Guatemala. Esto implicó la expansión de la producción feminista ya que los procesos

de paz condujeron a una ampliación de la sociedad civil y a la aparición de una gran cantidad de organizaciones de mujeres y feministas que comenzaron a recibir financiamiento de organismos de cooperación internacional para el desarrollo de sus actividades. Estos procesos coincidieron también con el fin de la Década de la Mujer de las Naciones Unidas y la emergencia de mandatos internacionales para la promoción de la igualdad y la equidad de género.

En ese sentido, estas organizaciones feministas y centros de investigación tuvieron una impronta significativa en la transformación de la institucionalidad de los Estados y de los sistemas legales de la región, al lograr incorporar la igualdad de género como parte del discurso público en la era posconflicto (Sagot, 2014). Asimismo, también contribuyeron a la transformación de la mente colectiva y a generar un discurso contra-hegemónico, si bien minoritario, al plantear nuevas preguntas sobre las relaciones entre los géneros, y a ofrecer datos novedosos y análisis sobre las diferentes formas de discriminación y subordinación de las mujeres.

En los diferentes países centroamericanos el proceso siguió sus propios ritmos y tuvo características particulares. Sin embargo, es importante destacar el papel de las organizaciones feministas como las principales impulsoras de los estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en todos los países. Al igual que había ocurrido en Costa Rica en los años 80, las primeras investigaciones y espacios de discusión feminista en la década del 90 emergen de forma paralela en las universidades y en las organizaciones de mujeres y, en muchos casos, como resultado directo de la cooperación entre los movimientos y la academia. Como lo expresa Gloria Careaga (2002), el análisis académico de las condiciones de las mujeres impulsó las luchas feministas en la región, tanto como el activismo feminista ha enriquecido a la academia.

Si se compara el desarrollo de los Estudios Feministas en Centroamérica con el de las naciones industrializadas, se debe concluir que en la región se siguió un patrón distinto, partiendo más directamente de las necesidades

sociales y de las luchas e intereses de las organizaciones de mujeres. Otros actores importantes en este proceso fueron la cooperación europea, en particular la española, y, aunque parezca paradójico, las universidades controladas por la Iglesia Católica, debido a que en estos espacios académicos se concentró mucho de la resistencia contra el autoritarismo y la opresión que se vivió en la región durante el período de la guerra y el conflicto.

En Guatemala, por ejemplo, el primer programa de formación académica en estudios de género fue impulsado por la Fundación Guatemala, una ONG de mujeres, en conjunto con varias universidades españolas y la católica Universidad Landívar. Cuando se les pregunta a las feministas guatemaltecas sobre esta alianza *sui generis* con una universidad católica, su respuesta es que la universidad pública se perdió en la guerra y se convirtió en un espacio autoritario y mediocre, controlado por los poderes estatales, que no ofrecía posibilidades para estudios renovadores y menos para auspiciar un programa feminista<sup>4</sup>. Situaciones similares ocurrieron con la UCA (Universidad Centroamericana), universidad regentada por la Orden de los Jesuitas, en Nicaragua y El Salvador, que fueron pioneras en introducir los estudios de género dentro de sus programas académicos.

## **Relaciones en Disputa**

La existencia de Estudios Feministas le representa un profundo desafío a las formas tradicionales de construir conocimiento ya que desde este posicionamiento se trastoca la forma convencional de hacer investigación, los temas que se abordan y las visiones del mundo que se privilegian. Como parte de este proceso, las mujeres centroamericanas empezaron a contar sus propias historias, lo que es una empresa con fuertes connotaciones políticas que implica una crítica

---

<sup>4</sup> Entrevista a Walda Barrios-Klee, FLACSO, Guatemala.

epistemológica implícita y explícita a las formas y temas tradicionales de la investigación científica.

Asimismo, con los Estudios Feministas se transformaron las experiencias cotidianas, antes excluidas de la investigación científica, en un terreno que proporciona elementos para la construcción de teorías e interpretaciones alternativas sobre la realidad social. Elizabeth Kamarck ya había comparado estos procesos que se promueven desde los Estudios Feministas con “Copérnico haciendo trizas nuestra geo-centricidad y Darwin haciendo añicos nuestra especie-centricidad” (Kamarck citada por Boxer, 1998: 105).

Sin embargo, los Estudios Feministas son siempre un territorio en disputa. Por una parte, se tienen que enfrentar las críticas de quienes en las universidades y centros de investigación acusan a las académicas feministas de no ser científicas, objetivas o de producir ideología en lugar de conocimiento científico. Por otra, desde el movimiento feminista, en muchas ocasiones, se recrimina a las investigadoras por disfrutar de las recompensas que da el privilegio académico.

Además, se habla de la posible cooptación de los Estudios Feministas por parte de la institucionalidad y de la pérdida del impulso feminista; y se acusa a las académicas de haber tomado mucho más de las organizaciones y movimientos de mujeres de lo que devuelven. También, surgen preguntas sobre cómo y dónde se sitúan las investigadoras cuando escriben los resultados de sus estudios y sobre la posibilidad o no de presentar las voces de quienes son investigadas sin distorsionarlas, explotarlas o usarlas para beneficio propio. Porque es evidente que, aunque se mantenga un fuerte compromiso ético y político con el feminismo como movimiento de transformación social, las vidas de las mujeres a las que tienen acceso las investigadoras contribuyen significativamente al prestigio del que disfrutaban en los espacios académicos o institucionales, que se crean y mantienen como resultado de sus investigaciones.

Es también importante referirse a la definición del objeto de estudio de las investigaciones y análisis sobre las mujeres y las relaciones de género en este período.

Como resultado de las condiciones políticas adversas y de la casi total invisibilidad de la población femenina en la producción científica anterior, en Centroamérica, al igual que en otras partes del mundo, se pensó que era suficiente con definir como objeto de estudio a “las mujeres” y sus condiciones. “Mujeres” en plural, en el mejor de los casos, pero muchas veces limitándose a la *esencializante* categoría de “la mujer”.

Lo anterior dio pie a que se hablara de “la mujer” o “las mujeres” como si fueran una población homogénea y estable en el tiempo y el espacio. Esta situación ayudó en un primer momento a construir *slogans* poderosos, como el usado para el caso de la violencia contra las mujeres: “la violencia nos afecta a todas”. Sin embargo, el *slogan* es útil políticamente en un determinado momento, pero cuando se trata de aplicarlo de igual manera a la construcción del conocimiento da pie para un análisis totalizador y generalizador de las experiencias de las mujeres. Por eso surge, la siguiente pregunta: ¿cómo es que el feminismo se propuso sacar a la luz a muchos sujetos femeninos y terminó ocupándose de unos pocos?

Como resultado, solo recientemente se han empezado a incorporar en Centroamérica criterios que den cuenta de las diferencias raciales, de clase, generacionales, religiosas o de orientación sexual e identidad de género. Lo anterior se ha hecho como parte de un discurso y una discusión abstracta, pero ha habido problemas para una verdadera integración y para la utilización de todos estos elementos como categorías analíticas y explicativas. Ha existido, en ese sentido, una tendencia a la exclusión discursiva y real de las experiencias de las mujeres negras, indígenas, de las mujeres viejas, de las lesbianas y, muchas veces, hasta de las niñas. De hecho, desde los espacios de construcción del conocimiento, los temas relacionados con las experiencias de las mujeres negras, jóvenes, indígenas o migrantes solo empezaron a ser abordados recientemente. Asimismo, hay todavía muchas prácticas políticas del movimiento feminista poco documentadas y teorizadas.

Además, muchas veces, se partió de la premisa de que, dado que las investigadoras feministas comparten

algunas características sociales o culturales con otras mujeres, tenían acceso a un conocimiento completo de sus realidades y podían hablar por esas mujeres casi con su misma voz, sin sustituirla o distorsionarla. Es decir, se partió de la premisa, no explícita, de que las investigadoras feministas podían ser *insiders* en cualquier grupo de mujeres, independientemente de sus condiciones de clase, raza, etnia, nacionalidad, etc., y comprender sus realidades como si fueran unificadas o indiferenciadas.

Además del esencialismo que esas posiciones conllevan, surge también la pregunta de quién habla por quién, y de cómo se sitúan las investigadoras a sí mismas en relación con las mujeres con las que trabajan y con sus vidas. Este es un problema común para cualquier persona que quiera ayudar a construir conocimiento desde un grupo social al que no pertenece; sin embargo, en el ámbito de los Estudios Feministas en la región esa problemática frecuentemente se pasa por alto, por lo que no ha sido suficientemente debatida o presentada abiertamente como una situación que merece constante atención y vigilancia.

Por otra parte, todavía existe una gran dependencia de las teorizaciones europeas y norteamericanas, por lo que aún no se ha realizado completamente esa ruptura con la colonialidad del saber y con la colonialidad de género (Mendoza, 2010) en su relación con la clase, la etnia, la raza, la nacionalidad y la sexualidad. El rompimiento con estas tendencias solo recientemente lo empiezan a hacer algunas pensadoras de la región, en particular, las académicas y teóricas indígenas descoloniales y comunitarias de Guatemala y Honduras, así como otras pensadoras afrodescendientes. Los conocimientos alternativos producidos por las mujeres pobres, campesinas, indígenas y afrodescendientes, si bien se generan en “los sótanos” de las sociedades centroamericanas, como lo expresa Breny Mendoza (2014), constituyen una verdadera revolución epistémica que cuestiona las formas tradicionales de conocer e incluso lo que se entiende por conocimiento.

Con estos nuevos aportes la producción ya no se limita a reproducir lo ya dicho en el Norte global, sino que

son saberes que se han reconfigurado desde las realidades locales y que han tomado itinerarios político-culturales diferentes, lo que los convierte en lugares novedosos de enunciación y construcción de conocimiento. Estas elaboraciones constituyen una contribución fundamental dado que parten de un poderoso pensamiento renovador que descentra al sujeto universalizante del feminismo blanco y del eurocentrismo<sup>5</sup>.

### **¿Desde dónde se construye el conocimiento feminista?**

Es importante precisar que en la región centroamericana se pueden identificar, al menos, cuatro grupos diferentes de personas que se dedican a los Estudios de las Mujeres y de Género<sup>6</sup>, y que no todas parten de un posicionamiento feminista. Como se verá, lo anterior acarrea una serie de problemas para las rupturas epistemológicas y para la construcción de comunidades epistémicas emancipadoras.

En el primer grupo están las “pioneras”, quienes habían investigado sobre las mujeres desde antes de que se diera el desarrollo y la institucionalización de este tipo de estudios. En el segundo lugar se encuentran las “ideólogas”, en el sentido gramsciano, que se dedican a los Estudios Feministas por su militancia y compromiso con el feminismo como movimiento social. Muchas de estas

---

<sup>5</sup> Este es el caso de autoras como Aura Cumes (2007), Emma Chirix (2009), Gladys Tzul (2015) y Lorena Cabnal (2010) que elaboran nuevas aproximaciones para reinterpretar la historia y las realidades de la vida cotidiana de las mujeres indígenas, dentro del mundo indígena. Estas autoras pretenden ser parte de un continuum de resistencia, transgresión y construcción de nuevas epistemologías desde las mujeres de las comunidades originarias, en diferentes espacios y temporalidades, con el fin de contribuir a la abolición del patriarcado originario ancestral y del occidental.

<sup>6</sup> Esta clasificación está basada en la desarrollada por Catharine R. Stimpson (1988) para los Estados Unidos, pero que con modificaciones se puede aplicar a la realidad centroamericana.

mujeres pertenecen a las mismas comunidades históricamente discriminadas y se convierten en una bisagra entre el activismo y la academia.

También están las “tardías”, quienes, por distintas razones, se involucran con la temática de manera reciente, pero no están familiarizadas con la historia y el proceso político o académico del feminismo. Algunas de estas tienen verdadero interés y asumirán compromisos como militantes, pero otras pasarán a formar parte de la última categoría; es decir, de las que “se suben al carro”, porque los Estudios de las Mujeres y de Género les parecen de moda, son de utilidad para sus carreras o les traen beneficios económicos. A estas últimas, algunas feministas centroamericanas también las llaman “trabajadoras del género” ya que se dedican a la temática como parte de un empleo remunerado y no porque se consideran parte de un movimiento social transformador.

Las diferencias anteriores se ven reforzadas en razón de que el concepto de género, herramienta importante de muchos de los procesos de construcción de conocimiento feminista, no es garantía en sí mismo para producir pensamiento emancipador. De hecho, el concepto de género ha sido ampliamente disputado en la región (Sagot, 2016). Prácticamente desde que se popularizó su uso a mediados de los años 80, un grupo de feministas y académicas, que adherían a las posturas de la “diferencia sexual”, inician sus críticas al concepto, particularmente a su versión de “sistema sexo-género” (Laudano, 2006). Según estas autoras, este concepto reproduce el pensamiento binario de la modernidad y se encuentra ligado a los paradigmas liberal y funcionalista.

Otro grupo de académicas y activistas también han criticado la sobresimplificación y despolitización del concepto y su apropiación por parte de organismos internacionales y gobiernos con el fin de despojar las propuestas del feminismo de su radicalidad (Gargallo, 2006). Se acusa también a las que asumieron el uso del concepto, sobre todo si se desempeñan en espacios institucionales, de ser “tecnócratas de género”, encargadas de incorporar el concepto al discurso dominante, y se las culpa de ser un vehículo de cooptación del lenguaje y el

discurso feministas (Ungo, 2002). Como lo plantea Claudia Laudano:

Con el correr del tiempo y de la multiplicación de las prácticas, la categoría “género” empezó a mostrar sus debilidades como herramienta de análisis. Su polisemia derivó en una constelación de usos, sin especificar con qué nociones de sujeto, sociedad y poder entraba en juego, en singular y plural, en enfoques subjetivistas y objetivistas, en la pérdida del componente de la desigualdad ante el reconocimiento de la mera diferencia [...] (Laudano, 2006: 150).

Como puede apreciarse, no todas las personas que se dedican a los Estudios de las Mujeres y de Género pueden ser consideradas como partícipes de lo que se ha concebido como el dominio feminista. Como ya se dijo antes, dados estos diferentes posicionamientos y puntos de referencia, es difícil construir una verdadera comunidad de producción de conocimientos, que produzca rupturas y que sea capaz de enfrentar los embates de misoginia y la descalificación que surgen desde diferentes frentes.

Más bien, desde que los Estudios sobre las Mujeres y de Género se institucionalizaron y afianzaron en universidades, gobiernos y organismos internacionales, los hombres misóginos también han encontrado aliadas en algunas mujeres académicas y funcionarias que claman estar haciendo estudios con “perspectiva de género”, pero que se dedican a desprestigiar y a cuestionar los Estudios Feministas y a quienes los hacen. Asimismo, muchos de los llamados programas de “equidad de género” han tendido a despolitizarse. En estos espacios el concepto de género ha ido perdiendo su potencia cuestionadora y su capacidad explicativa, y se ha reificado, hasta llegar, en algunos casos, a plantearse como un enfoque opuesto al feminismo.

Desde la anterior perspectiva, los Estudios Feministas se convierten en un territorio en conflicto. Por un lado, se tienen que enfrentar las críticas desde dentro de la academia y de los sectores conservadores que impugnan de manera sistemática los procesos y resultados de construcción del conocimiento feminista. Por otra parte, muchas militantes y activistas también se convierten en

críticas acérrimas de algunos espacios universitarios de construcción del conocimiento y acusan a quienes están involucradas de ser simplemente “académicas” o elitistas. Según lo manifestaron varias de las activistas entrevistadas para este trabajo, muchas veces no hay visualización de una alianza estratégica o de una relación más explícita entre la academia y el movimiento ya que los momentos de convergencia están determinados por coyunturas políticas particulares y no por alianzas o compromisos de mediano o largo plazo.

Asimismo, las activistas alegan que muchas veces existe una falta de vinculación entre el conocimiento que se produce en la academia y la acción política. Lo anterior conduce a que no haya una multiplicación sistemática del conocimiento que se genera o intencionalidad de una acción política conjunta. Tampoco existen suficientes espacios de encuentro entre las feministas-académicas y las feministas-activistas para compartir el conocimiento acumulado, ya que muchos de los espacios académicos son elitistas y se mantienen alejados de las realidades cotidianas, no solo del movimiento feminista, sino de la mayoría de las mujeres en general.

A pesar de los retos y dificultades, hay también muchas continuidades entre la militancia y la academia feministas. De hecho, este es un campo que ha posibilitado una poderosa fusión entre el activismo, la política y la academia, tanto dentro de las universidades como fuera de ellas. Muchos de los programas universitarios de Estudios de las Mujeres y de Género, así como quienes laboran allí, se consideran el brazo militante del feminismo en la academia. Es decir, una de las características principales de este tipo de estudios ha sido la negativa a establecer separaciones artificiales y arbitrarias entre el activismo y la academia, así como entre la teoría y la práctica. Por otra parte, desde los Estudios Feministas se ha hecho un reconocimiento explícito de los diferentes lugares desde donde se construye el conocimiento transformador, así como de las diversas voces con autoridad epistémica para la producción de saberes e interpretaciones alternativas de la realidad social.

Desde la anterior perspectiva, los Estudios Feministas han sido y siguen siendo una estrategia fundamental para fomentar la producción del saber desde la perspectiva de las mujeres y para transformar las formas tradicionales de construir el conocimiento científico. De hecho, la existencia de los Estudios Feministas ha contribuido a cuestionar las narraciones y representaciones falsificadas, parciales y perversas sobre la realidad social y sobre los aportes de las diversas mujeres a la construcción de esa realidad, producidas por la ciencia androcéntrica y colonial. Asimismo, los Estudios Feministas se convierten en un espacio de convergencia que abre posibilidades para eliminar las separaciones drásticas entre trabajo político y trabajo intelectual. Si bien hay críticas desde la militancia hacia la academia, la verdad es que este tipo de producción con vocación emancipatoria es la que más fácilmente permite desvanecer las líneas divisorias entre estas dos esferas.

Sin embargo, las tensiones continúan. El viejo tema de la posible cooptación de los Estudios Feministas por la *doxa* académica sigue presente, así como el tema de que los Estudios Feministas son triviales, poco objetivos o demasiado radicales como para estar en los espacios académicos o institucionales. A pesar de las limitaciones, es fundamental rescatar el potencial revolucionario contenido en las visiones del mundo de quienes producen conocimiento feminista desde los diferentes posicionamientos sociales y lugares de enunciación.

Ahora bien, si se quiere fortalecer la construcción del conocimiento feminista en la región centroamericana, es necesario continuar haciéndolo manteniendo una estrecha relación de los movimientos sociales con las academias. Es necesario también pegarle un remezón epistemológico y político a la categoría de género, para que vuelva a tener su potencial transformador, en particular en su intersección con los otros órdenes sociales y sistemas de dominación, tales como la clase social, la raza, la etnia y la sexualidad.

Es fundamental, además, dar voz a las multitudes diversas de las mujeres y a sus prácticas políticas, en particular a las que han ocupado un lugar histórico de subalternidad, para así fortalecer la producción de teoría

descolonizada y con arraigo latinoamericano. Solo de esta forma se podrá perturbar la hegemonía de los sistemas opresivos y abrir espacios conceptuales, discursivos, afectivos y políticos para agrandar nuestros imaginarios de posibilidades y de acción con el fin de seguir aportando a la construcción de las utopías feministas.

### **Bibliografía**

Aguilar, Ana Leticia. (1995). "Investigaciones sobre la Mujer en Centroamérica". *Revista Malabares*, n. 2, Managua, Nicaragua.

Boxer, Marilyn J. (1998). "Para y sobre las mujeres: la teoría y práctica de los estudios de mujeres en Estados Unidos". N. Navarro y C. Simpson (comps.) *¿Qué son los estudios de mujeres?* México: Fondo de Cultura Económica. 75-126.

Burgos, Elizabeth. (1983). *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. La Habana: Casa de las Américas.

Cabnal, Lorena. (2010). "Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala". *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. España: ACSUR-Las Segovias. 9-24.

Careaga, Gloria. (2002). "Los estudios feministas en América Latina y el Caribe". G. Careaga (ed.) *Feminismos contemporáneos: retos y perspectivas*. México: PUEG-UNAM.

CIERA (Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria) (1985). *La feminización de la fuerza de trabajo asalariada en el agro y sus implicaciones en la producción, reproducción y organización sindical*. Managua, Nicaragua: CIERA.

Cumes, Aura (2007). "Mayanización y el sueño de la emancipación indígena en Guatemala". S. Bastos y A. Cumes (eds.) *Mayanización y vida cotidiana. La ideología multicultural en la sociedad guatemalteca*. Guatemala: CIRMA-Cholsamaj. 81-210.

Chirix, Emma Delfina (2009) "Los cuerpos y las mujeres kaqchikeles". *Desacatos*, n. 30. 149-160. Disponible en: <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/viewFile/417/292>

Gargallo, Francesca (2006). *Ideas feministas latinoamericanas*.

México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Hinojosa, Claudia (2001). "Historia sobre la presencia pública de las feministas lesbianas". *Desacatos*, n. 6, primavera-verano. 177-186.

Kirkwood, Julieta (1984). "Los Nudos de la Sabiduría Feminista". *Isis Internacional*, n. 1.

Laudano, Claudia (2006). "Género: te habíamos amado tanto". *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, Universidad de Jujuy, n. 31, octubre. 147-160.

Mendoza, Breny (2010). "La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano". Y. Espinoza (coord.) *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Buenos Aires: en la frontera. 19-36.

Mendoza, Breny (2014). *Ensayos de crítica feminista en nuestra América*. México: Herder.

Navarro, Marysa y Catharine R. Stimpson (1998). *¿Qué son los Estudios de Mujeres?* México: Fondo de Cultura Económica.

Palacios, Martha (1999). "Balance de los Estudios de Género en la Universidad Centroamericana". VVAA. *Antología Latinoamericana y del Caribe: Mujer y Género*. Período 80-90. Managua: UCA.

Patai, Daphne y Noretta Koertge (1994). *Professing Feminism*. Nueva York: Basic Books.

Randall, Margaret (1980). *Todas estamos despiertas: testimonios de la mujer nicaragüense hoy*. México: Siglo XXI.

Sagot, Montserrat (2014). "La democracia en su laberinto. El neoliberalismo y los límites de la acción política feminista en Centroamérica". A. Carosio (ed.) *Feminismos para un cambio civilizatorio*. Caracas: CLACSO-Fundación Celarg. 39-66.

Sagot, Montserrat (2016). "Gender travels South: A response to Lawrence La Fountain-Stokes". Y. Martínez, B. San Miguel, B. Sifuentes-Jáuregui y M. Belausteguigotia (eds.) *Critical Terms in Caribbean and Latin American Thought. Historical and Institutional Trajectories*. New York: Palgrave-Macmillan.

Stimpson, Catharine R. (1998). "¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres en los años noventa?" M. Navarro y C. Stimpson (comps.) *¿Qué son los Estudios de Mujeres?* México: Fondo de Cultura Económica. 127-165.

Tzul, Gladys (2015). "Mujeres indígenas: historias de la reproducción de la vida en Guatemala. Una reflexión a partir de la

visita de Silvia Federici". *Bajo el Volcán*, año 15, n. 22, marzo-agosto. 91-99. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/286/28642148007.pdf>

Ungo, Urania (2000). *Para cambiar la vida: política y pensamiento del feminismo en América Latina*. Panamá: Instituto de la Mujer de la Universidad de Panamá.

Vazquez, Norma (2001). "Recuperar el feminismo para entender el género". E. Gaviola y L. González (comps.), *Feminismos en América Latina*. Guatemala: FLACSO. 163-208.

VVAA (1995). *Catálogo Centroamericano. Investigaciones y Estudios de la Mujer*. Managua: Programa Regional "La Corriente."